

ción del Padre D. Manuel Ignacio de Elguera, Presbítero del Oratorio en la Villa de San Miguel, y Prefecto de su sacristía, quien con no poco esmero dispuso de manera todo el adorno, que no se echaba ménos ni lo desente ni lo magnífico. Dirigió la música el M. R. P. Fr. Martín Cruzlaegui, Misionero Apostólico del Colegio de S. Fernando de México. Es muy notorio el delicado gusto y magisterio que este religioso tiene en la música, para ponerme á hacer aquí su elogio. Bien lo conoce la gran Mexico que tantas veces lo ha admirado. Se trajo de la ciudad de Querétaro toda su capilla con su maestro D. Félix Martinez, notoria habilidad en la música, y se unió á la de San Miguel el Grande. El concurso fué de lo mas lucido de todas las ciudades vecinas y de la Villa de San Miguel. Su M. I. Ayuntamiento quiso continuar el honor de asistir tambien á estas exequias. Hacia duelo la Venerable Congregación del Oratorio; que tomó su asiento des pues del Cabildo. Todo el Clero secular y las sagradas Religiones añadieron nuevo lustre á la función. Celebró la Misa D. Juan Manuel de Villagas Lic. en Sagrada Teología por la Real Universidad, Calificador y Comisario del Santo Oficio, Examinador sinodal del Obispado, Vicario del real Convento de Religiosas de la Villa de San Miguel, Comisario y Tesorero subdelegado de la Santa Cruzada, Cura beneficiado, Vicario incápite y Juez eclesiástico de la referida Villa. Concluida la vigilia y Misa subió al púlpito el orador y pronunció el siguiente:

—(o)—

ELOGIO FUNEBRE,

—o—

Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui juxta cor meum et animam meam faciet, et aedificabo ei domum, ... et ambulabit coram Christo meo cunctis diebus. ¿Ubi est mors victoria tua?

Yo me eligeré un sacerdote fiel y segun mi coraáon, y le edificaré Iglesia para que esté delante de mi Hijo Jesucristo todos los dias de su vida. ¿Cuál, pues, ¡oh muerte! es tu victoria?

Son palabras del lib. I. de los Reyes al cap. 2. Epístola 1.^a de San Pablo á los de Corinto, cap. 15.

¿Y qué, señores, vendré á este sagrado puesto á mofarme de la muerte, á hacer escarnio de su poco poder, y á preguntarle con una especie de desafío cuál es la victoria que ha conseguido? *Ubi est mors victoria tua?* ¡Ah! esta cruel é inexorable muerte ha señalado demasíadamente su poder. ¿Qué cosa mas terrible que el funesto golpe que el Viérnes 22 del pasado descargó su brazo, ejecutor fiel de las ordenes de un Dios, que castiga la tierra quitando de ella los justos que la edifican? El aparato

fúnebre de este templo, los cantos lúgubres con que resuenan estas bóvedas, los suspiros y lágrimas que aun inadvertidamente se escapan al dolor; todo nos anuncia un triste recuerdo, todo nos denota, que ya no vive aquel eclesiástico enteramente dedicado á Dios, aquel ejemplar sensible de la devoción de la humanidad, de la paciencia, de la mortificación, de la caridad y desprecio de sí mismo: aquel espíritu libre de las preocupaciones del mundo, pero oculto entre las acciones mas ordinarias: aquel ministro celoso é infatigable, y por decirlo en breve, el Padre D. Luis Felipe Neri de Alfaro, Bachiller en Sagrada Teología, Misionero apostólico, Comisario general del Santo Oficio, Patron y Fundador de este Santuario.

Si, ya se acabó, ya no vive, murió ya, estos santos altares que, tantas veces lo vieron á sus piés rociándolos de lágrimas y de los que apenas podia apartarse, en vano piden ahora que los consuele con su presencia. Este Santuario que él edificó á su Nazareno amante: este templo que se gloriará siempre de haber tenido tal patron, tal fundador, parece que aun no quiere consentir en que lo ha perdido. Sí, ya no vive, se acabó ya.

Al oír esto, la piedad y la religión es cubren de un velo y derraman un torrente de lágrimas, inconsolables como Raquel, lloran no solo un hijo, sino la pérdida de su más rico y representable ornamento. Los pobres, entregados al dolor, prorrumphen en lamentables gritos, y se quejan al cielo por haberles quitado á su Padre: los que tantas veces recibieron alivio y consuelo en las aficciones del espíritu, caidos ahora de ánimo, no se atreven á interrumpir con sus gemidos este silencio: unos medios suspiros son el único elogio que su dolor profundo les permite. Sí, ya murió, ya no existe aquel héroe de la devoción y de la piedad. ¡Oh muerte, muerte! Si mides tus trofeos por la importancia de las víctimas que sacrificas, pocas veces has triunfado con tanto brillo y esplendor; pocas veces has vencido con mayores ventajas. Nos arrebataste de entre las manos á nuestro Padre: cortaste atrevida aquella flor hermosa que difundía por todas partes el suave olor de sus virtudes.

Mas ¡qué me quejo de tí, oh muerte! Dios y Señor, Tú solo fuiste quien hizo desaparecer este astro brillante, este dulce fruto de santidad, cortándolo en la sazón de sus virtudes. ¿Acaso nos lo llevaste, porque despues de tantas acciones dignas de la inmortalidad, ya no tenia Luis nada que hacer en esta vida miserable? ¿O acaso lo hiciste desaparecer de nuestra compañía en castigo de nuestros desórdenes. privándonos así de las oraciones de este justo? ¡Ah señores, yo no puedo entrar en la altura de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios: sus juicios son incomprensibles, y sus caminos no se pueden averiguar: (1) pero sí digo, que como de las vastas llanuras se elevan aquellos vapores gruesos de que se engendra el rayo,

(1) *O altitudo divinitiarum sapientiae Dei: quám incomprehensibilia sunt judicia ejus. Ad Rom. 11. 33.*

que cae despres sobre las altas torres, así del corazón de los pueblos salen y se elevan las iniquidades, cuyos castigos descarga muchas veces el Señor sobre aquellas torres de virtud que defendian antes al pueblo: Sea lo que fuere: lo cierto es, que ya no vive aquel sacerdote fiel, que Dios se había elegido para que obrara según su corazón, y á quien edificó Iglesia para que estuviese siempre con su Hijo Jesús Nazareno: *Suscitábo mihi sacerdotem fidelem, qui iuxta cor meum: et divinam meam faciet, ædificádo ei domum!.... et ambulabit coram Christo meo cuotidie diébus.*

Tal fué, señores, el piadoso sacerdote, cuyo elogio fúnebre vais ahora á escuchar. Fué un ministro de Jesucristo, que muriendo á sus apetitos, vivía solo de hacer la voluntad del Señor: venerable en sus acciones, uniforme y reglado en su conducta, fervoroso en su continua oración, humilde, mortificado, compasivo; discreto en susilencio, útil en sus conversaciones, siempre atento á cumplir con las obligaciones de su sublime dignidad. Fué un sacerdote, con quien, como con otro Aarón hizo Dios alianza de vida y de paz dándole su temor, para que no se acercase á sus altares sin ser lleno de respeto y reverencia: en cuya boca estuvo la ley de la verdad, no encontrándose en sus labios la malicia: caminó con Dios en paz y justicia y apartó á las almas del camino de la perdición. (1) Fué por decirlo en breve, **UN SACERDOTE FIEL Y SEGUN EL CORAZON DE DIOS.** Ved ahí todo el asunto.

Purísima María, cuyo dulce nombre y alabanzas resonaron siempre en los labios de este ejemplar ministro: obtenedme, Señora, las luces del Espíritu, para decir algo en elogio de las virtudes de tu devoto Capellan, pues á este fin te saludamos ahora llena de gracia —**AVE MARIA.**

I.—En la nobilísima imperial México, Metrópoli de esta Septentrional América á 25 de Agosto de 1709, nació para gloria de Dios y ornamento del estado eclesiástico, D. Luis Felipe Neri de Alfaro. Fueron sus padres D. Estéban Valero de Alfaro, y Doña María Velázquez de Castilla: personas de tan distinguida nobleza, que si yo me pusiera de intento á celebrarla, veríais un árbol genealógico lleno de ilustres ramas y sazonados frutos, que ocuparon un lugar muy distinguido en los puestos y empleos mas honoríficos; pero léjos de este sagrado lugar esas profanas grandezas, que tanto aborreció en vida nuestro Luis.

II.—Fueron, pues, sus padres distinguidos por su piedad, por su religión, por la inocencia de sus costumbres y por su celo en la educación

(1) *Pactum meum fuit cum eo vitæ et paciis: et dedi ei timorem, et timuit me, et á facie nominis mei pavebat. Lex veritatis fuit in ore ejus et iniquitas non est inventa in labiis ejus: in pace; et in æquitate et ambulavit mecum et multus avertit ab iniquitate.* Malach. 2. 5. 6.

de sus hijos y en el gobierno de su familia. Su piadosa madre procuró inspirarle desde sus tiernos años el temor santo de Dios y aborrecimiento al pecado. Luis era el que todos los días leía á su madre varios libros espirituales y los puntos para la oración mental; y esta piadosa señora comenzó desde muy luego á grabar en su corazón tierno, la dolorosa memoria de la pasión de Jesucristo nuestro Redentor, para cuyo fin hacía Luis cada año dos veces los desagrazos: y aunque en lo exterior por no hacerse notable, vestía con la decencia correspondiente, pero ya desde niño amaba tanto la mortificación, que se ponía una camisa tosca de arpillera, y sobre ella la de lino. Pasada la niñez y entrando á la juventud, lo destinaron sus padres al Real y Pontificio Seminario á estudiar Filosofía y Teología; y aquí señores, aquí, pido toda vuestra atención.

III.—Es la juventud, (bien lo sabeis), es la juventud aquella edad en que la razon cautiva no se deja gobernar sino por unos falsos brillos, que tienen mas de tinieblas que de luz: es la estacion de los placeres y de las diversiones; pero Luis hizo de ella el tiempo de los ejercicios mas útiles. Su espíritu cultivado con la lectura de los libros místicos, bebía en ellos desde entonces aquella riqueza de palabras y sentimientos, que hicieron despues sus conversaciones tan agradables y tan sólidas. No penseis que cogía entre sus manos aquellos libros llenos de veneno como son los de novelas y comedias, peste de la incauta juventud, que extravían la imaginacion al paso que la divierten, y que no llenan el vacío que Lallaron en el alma, sino introduciendo peligros que desaprueba la razon. ¡Ah nosotros lo vemos frecuentemente. En la juventud por medio de los malos libros, comienza uno á ser del mundo para dejar de ser de Dios: esta es la edad en que todo lo que atrae es peligroso, todo lo que lisonjea es engaño, todo lo que domina parece tiranía, y todo lo que es sujecion se mira como la mas penosa esclavitud. Esta es la edad en que como embriagada el alma, se deja trasportar á todas partes del fiero ímpetu de las pasiones, que comienzan á ejercer un despótico gobierno.

IV.—Estos monstruos fieros: estos enemigos tanto mas terribles cuanto son mas domésticos, y que hacen, por decirlo así parte del hombre mismo, bramán furiosos en medio del corazón de un jóven y hacen mil esfuerzos para recobrar el imperio, de que la religion los ha despojado. A cada instante acometen su inocencia y hacen temblar su virtud. ¿Qué muralla podrá poner á cubierto el corazón tierno de un jóven contra tan terribles asaltos? Religion santa, á tí te toca defender tu conquista: á tí te pertenece domar y encarcelar estos monstruos, que procuran desalojarte del alma de Luis.

V.—Así fué, Señor Omnipotente, tú que desde mucho antes habias dispuesto la grande alma del jóven Alfaro por las semillas de las virtudes que sembraste en ella: semillas preciosas, que debían fructificar despues. tanto, como era necesario para formar un sacerdote según tu corazón. En medio de los deleites, tú lo convenciste, que ellos emponzoñan el co-

razon sin dejarlo satisfecho; que el hombre es muy grande, su objeto muy noble, su destino muy alto, sus esperanzas muy sublimes para limitar su felicidad á unos gustos que tanto envilecen. Con esto os he dicho señores, cuál fué la juventud de Luis, ocupado en las tareas de su estudio, en que hizo no pocos progresos, y santificada con la continua lectura de los libros espirituales. En una palabra; concebid un jóven bien criado, civil, humilde con sus superiores, dócil y afable con sus iguales, segregado de la compañía de los malos, enemigo de la simulación y la mentira, compasivo con los afligidos, modesto en sus palabras, alimentándose frecuente *del pan de los ángeles y del vino que engendra vírgenes*: (1) concebid, digo, un jóven á quien adornen estas y otras amables prendas, y tendreis el retrato fiel del jóven D. Luis Felipe Neri de Alfaro.

VI.—¿Cuál sería el respeto y obediencia que tuvo á sus padres, cuando muchos años despues de sacerdote, ya en su vejez, habiendo mandado retratarlos en el camarín de la capilla que fabricó é Nuestra Señora del Rosario, jamás entraba ó salía de dicho camarín sin hincarse primero, descubrirse la cabeza y bañado en lágrimas, besarle la mano? ¿Qué pocos ejemplos tan ilustres de ternura y respeto á los padres nos suministra el siglo en que vivimos y los hijos que observamos en nuestros dias.

VII.—En el año de 1729, á los 20 de su edad, recibió Luis el grado de Bachiller en Sagrada Teología, quele confirió el Dr. y Maestro D. Bartolomé de Ita y Parra, y cuando todos concebían las mas lisonjeras esperanzas de que haría en el mundo una brillante fortuna por la carrera de las letras, colocándose en alguna honrosa dignidad, como se lo sugerían sus parientes, Dios, por otra parte, ilustraba el corazón del Bachiller Alfaro para que diese de mano á todas estas frívolas esperanzas y se retirase del bullicio del mundo á servirle en el estado eclesiástico. Al favor de la luz celestial y de las gracias interiores que recibía, veía desaparecer como relámpagos aquellas grandezas que nosotros mismos nos fabricamos en nuestra desarreglada fantasía; veía resolverse en humo esta *figura del mundo que pasa* (2), esta afición é hipocresía universal del siglo, en donde el vicio se hace honrar como virtud y la virtud parece despreciable como el vicio. Veía la vanidad de los pensamientos de los hombres, la extravagancia de los deleites, la locura de la sabiduría mundana, la instabilidad de los honores, lo caduco y deleznable de las grandezas y dignidades: y entrando despues dentro sí, comparaba todo esto con la inmovilidad de Dios, con la santidad de sus operaciones con la eternidad de su duración, con Jesucristo en el Calvario, generoso despreciador de todas las honras y grandezas. ¡Qué mucho que el mundo le pareciese muy pequeño, muy digno de desprecio, y sola la virtud digna de apreciarse y seguirse!

(1) *Panem angelorum manducabit homo, Ps. 77 y 24. Vinum germinans Virgines. Zachar, 9 y 17.*

(2) *Præterit enim figura hujus mundi, 1 Ad Cor. 7 y 31.*

VIII.—En efecto, como éste y otros muchos nobles desengaños se presentaban de tropel y á cada paso al despejado entendimiento de nuestro Bachiller, determinó salir de su patria México, y buscar seguro asilo en la Venerable y muy Ilustre Congregación del Oratorio, en la Villa de San Miguel el Grande. A poco tiempo de su arribo le deparó Dios una ocasión muy oportuna de mostrar su humildad y edificar á todos con su ejemplo; porque habiendo ido un Juéves de cuaresma, con nuestros padres á la Iglesia Parroquial de la Villa, á oír la explicación de la doctrina; el P. D. Martin Zamudio, presbítero de dicho Oratorio y hombre de grande espíritu, queriendo probar el de nuestro pretendiente D. Luis, le dijo en voz alta en presencia de todo el numeroso concurso: “V. dice, que quiere servir á Dios y salvar su alma, y para ese fin pretende ser admitido en la Congregación; veremos, pues, si sabe la doctrina cristiana: diga tal declaración.” Al oír esto el jóven Alfaro, que estaba vestido de rica tela, se paró prontamente y cruzando los brazos, comenzó en voz alta á decir la declaración que se le habia preguntado: el P. D. Martin, que vió tan pronta obediencia, quiso seguir ejercitando la humildad del jóven, y así habiendo concluido la declaración, tomando una estampita de las mismas que llevaba prevenidas para los niños de la escuela, levantó la voz y le dijo: “lo ha hecho Ud. muy bien, merece el premio, vaya esa estampita.” Por medio de la gente, subió el humilde Bachiller teólogo hasta el presbiterio, é hincado de rodillas, besó la mano al padre, tomó su estampita y se retiró á su asiento, dejando edificado al numeroso pueblo. Bien sabia Luis que era necesario *hacerse como los niños para entrar en el reino del cielo* (1). ¿Qué sería, señores, este sol cuando llegó á su zenit, si ahora en su oriente lo admiramos tan lleno de fuego y de luz?

IX.—Logró por último lo que tanto deseaba, y en el año de 1730, á 26 de Mayo, consagrado á la festividad de nuestro glorioso Padre San Felipe Neri, á quien procuró imitar, fué recibido en nuestra Congregación del Oratorio, la que se gloriará siempre de haber tenido tal hijo y á quien Luis amó tanto hasta el fin de su vida, que la llamaba “mi madre, mi amada y Venerable Congregación” Aquí fué donde conociéndose llamado de Dios con más fuertes impulsos á la sublime dignidad del sacerdocio, comenzó á prepararse para este ministerio, que comprende una multitud de obligaciones esenciales y muy difíciles de cumplir bien. Conocía que á más de las virtudes, era necesaria la ciencia, porque un eclesiástico ignorante hace mucho daño á la Iglesia y á sí mismo, y por eso dice el IV concilio de Toledo, que los sacerdotes deben evitar por todos modos la ignorancia, que es madre fecunda de todos los errores, (2). A este fin, sin

(1) *Nisi efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cælorum. Mat. 18, y 3.*

(2) *Ignorantia mater cunctorum errorum, maximé in Sacerdotibus Dei vitanda est, Conc. Tol. IV.*

embargo de hallarse muy bien instruido en la ciencia de los santos con la continua lección de los escritores asceticos y estar bien impuesto en la Teología Escolástica, conociendo que Dios lo llamaba para dirigir las conciencias, se entregó al estudio de la Teología moral con tanto más empeño, que de su propio puño formó un bello extracto de la voluminosa obra de los *Salmantinos*, de manera que nunca se iba á la cama hasta no dejar escrito todo lo que en el dia estudiaba en esta obra moral; despues de ella, estudió otros muchos libros de ésta difícil y necesarísima Teología, conservando despues de muchos años las especies con tal felicidad, que daba gusto oírle responder una consulta por difícil que fuese, citando fielmente los autores. Este estudio lo apreciaba tanto, que hallo en varios apuntes de su puño, que por fortuna se libraron de la desgracia, que padecieron otros muchos; hallo, digo, que todos los dias tenia destinada una buena parte solo para la moral. Este continuo estudio, la práctica en el tribunal de la penitencia y las virtudes correspondientes, formaron en Luis (como despues veremos), un maestro de espíritu no como quiera sábio, sino consumado en el arte de las artes, cual es el gobierno de las conciencias.

X—Ordenado ya de sacerdote y habiendo trabajado mucho en beneficio de las almas y en su propia santificación, edificando con sus ejemplos y virtudes á la Villa de San Miguel el Grande; se retiró de eilla para venirse á establecer á este Santuario, que habia edificado desde sus cimientos, consagrándolo á honor y culto de esta bellísima Imágen de JESUS NAZARENO, que colocó en él á 20 de Julio de 1748. Y aquí, señores, aquí es donde se halla tan confuso mi corto ingenio para haceros ver quien fué el P. DON LUIS FELIPE NERI, que no halla por donde dar principio á elogiar sus virtudes; pues fueron tantas, y las ejercitó con tanta perfección, que de cada una podria hablaros dias enteros. El mejor partido que pueda tomar para daros tal cual idea de este ejemplar varón, es decirlos, aunque sea poco de algunas de las principales virtudes en que sobresalió; bien advertidos, que nada diré que no me conste, ó por apuntes de propio puño de este fiel ministro del Altísimo, ó por deposición de personas muy circunstanciadas, ó por propio conocimiento que adquirí con su familiar trato, ó por la dirección de su conciencia que me confió en éstos últimos tiempos. No ignoro el respeto que se debe á ésta cátedra de verdad, ni necesito fingir ó exagerar los hechos, cuando hay tantos y ciertos, que los más dejo sepultados en silencio, por no molestar vuestra atención con lo demasiado largo de este *Elogio Fúnebre*. No faltarán plumas mas bien cortadas, que den á luz las ilustres memorias de este siervo de Dios para edificación del clero secular, y para estímulo de la devoción y singular aprovechamiento de las almas.

XI.—Si os representase á Luis ardiendo en llamas del amor divino, sin tener otra mira en todas sus operaciones, que el amor de Dios y de sus prójimos, no podreis menos que quedar convencidos de que él era un SA-

CERDOTE FIEL Y SEGUN EL CORAZÓN DE DIOS. Tal es la excelencia del santo amor.

XII.—El Soberano dueño del universo, encuentra toda su felicidad en amarse á sí mismo; pero sin embargo, quiere ser amado de sus criaturas. Los ángeles lo aman, todos estos bienaventurados espíritus no tienen otra ocupación que amarlo. Los serafines que son los mas inmediatos á su trono, arden en sus llamas: *ardent igneo Deo*; pero no le basta esto; es preciso que la tierra tenga parte en la felicidad del cielo. Quiere Dios que lo amemos, y no solo nos lo manda, si no que nos amenaza con su indignación y con una grandísima miseria si no lo amamos. ¡Ay qué mayor miseria que no amarlo? Exclama San Agustín: (1).

XIII—La medida del amor que tenia Luis, era la misma que dice San Bernardo hemos de temer para amar á Dios, y es amarlo sin medida; *Modus diligendi Deum, est eum diligeri sine modo* (2). Luis lo amaba con todo su corazón, consagrándole todos sus afectos y no dividiéndolo jamás entre Dios y las criaturas. Aunque estas tuviesen los mayores atractivos, no las amaba sino en Dios. Sabia muy bien cuanto desagradaba al Señor una división tan injusta, que es la causa de la ruina de tantas almas: *Divisum est cor eorum, nunc interibunt* (3).

XIV.—Lo amaba con toda su alma, dirigiéndolo á él todos los movimientos y acciones de su vida y no haciendo cosa alguna sino por su gloria. *Nada haré* (dice en uno de sus apuntes), *que no sea á la mayor honra y gloria de Dios, y éste* (decia frecuentemente), *éste ha de ser el fin de todos nuestros pensamientos, palabras y obras; la mayor gloria de Dios, el bien espiritual y corporal de los prójimos y alivio de las benditas ánimas*. Repetia muchas veces en el dia á Dios esta protesta, de que nada queria hacer que no fuese con los fines dichos.

XV.—Amaba á Dios con toda su voluntad y con todas sus fuerzas porque Dios era el objeto de todos sus pensamientos, porque lo preferia á todo, estando dispuesto á perder la honra y la vida por no ofenderlo. Demostraba los incendios del amor divino en que se abrasaba su alma en el fervor de sus palabras. Cuando hablaba de la misericordia de Dios, de su bondad, de su providencia ó de otras divinas perfecciones, se le encendia el rostro, se inundaba de gozo, y no acertaba á dejar tan suave y provechosa conversación. Todas las criaturas suministraban pábulo á este sagrado incendio: la hermosura de las flores, la amenidad de los campos, el suave murmurio de las aguas, el dulce canto de las aves, el esplendor de las estrellas, le eran eficaz motivo para prorrumpir en alabanzas de su Creador. Gastaba cuarenta dias enteros apartado de todo humano comercio

(1.) *Quid tibi sunt ipse ut amari te jubeas á me et nisi faciam irascaris mihi, et mineres ingentes miseras? Parva ne ista est miseria, si non amem te? Lib. 1. Conf. cap. b.*

(2.) *Tract. de dilig. Deo cap. 1.* (3.) *Ossé 20 y 2.*

en uno de esos seis camarines, solo para pedirle á Dios su amor y recibir el Espíritu Sauto en el dia de Pentecostés

XVI—Mas ¿qué tengo que deciros de su amor á Dios, cuando bien sabéis que no tenia otra cosa en el corazón y en los labios, que el amor de Jesucristo, Dios y hombre, y que estaba grabada en su pecho la pasión de Jesus? Bien podia decir con San Pablo *que nada queria saber sino á Jesucristo crucificado* (1).

XVII—Estaba el mismo San Pablo tan convencido de que absolutamente no hay salvación para los que no aman á Jesus, que creyó deber excomulgar á todos los que no lo aman y escribir de su propio puño su condenación como lo hace al fin de su primera carta á los de Corinto. *Si alguno no ama á Nuestro Señor Jesucristo, sea excomulgado, Maran Atha* (2): esto es como explica San Gerónimo (3), *sea juzgado por Nuestro Señor*; y San Juan nos dice: *que quien no ama al Nazareno ya está muerto* (4).

XVIII.—Pero ¿quién podrá declararos plenamente cuál era el amor de Luis á Jesucristo? Desde su mocedad era tanto el fuego de este incendio, que no se apartaba un punto de su alma la memoria de Jesús. El mismo dice en uno de sus apuntes, que lo soñaba repetidas veces caminando al calvario con inmensas fatigas. O comiera ó bebiera, todo lo hacia en nombre de Jesucristo, segun el consejo del Apostol (5). No podía jamás hablar de su Pasión, sin bañarse en lágrimas. No meditaba sino su ignominiosa muerte; no hablaba sino de sus penas y no ardía su corazón en otras llamas que en las de su Nazareno. Pero ¿qué me canso? Abrid los ojos, registrad este Santuario que fabricó la devoción de Luis; ved todos sus altares, sus paredes, sus bóvedas; entrad al estrecho aposento de su patrón y fundador: decidme ¿qué encontráis? A cualquiera parte de estas que volvais los ojos, vereis pintada ó escrita la Pasión de Jesús. Registrad en esta capilla del Calvario, abreviado cielo y último esfuerzo de su amor. ¿Qué decis? ¿Qué encontráis? ¡Ah! Todo os anuncia el triste recuerdo de la muerte y Pasión del Salvador, que aun estando tan frecuentemente grabada en el alma del devotísimo Alfaro, no podia contenerse dentro de ella y quería estenderse á cuanto miraba, á cuanto tocaba, y á cuanto le pertenecía! La belleza y hermosura de este Santuario, á quien Dios ha llenado de sus bendiciones, el esquisito adorno de estas capillas, y en una palabra, cuanto veis, cuanto admirais; todo, todo es efecto del

(1) *Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum. 1. ad Corint. 2, 2.*

(2) *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, anathema sit. Maran Atha. 1, ad Corint. 16 22.*

(3) *S. Hier.*

(4) *Qui non diligit manet in morte. 1, Joann, 3, 14.*

(5) *Omne quodcumque facitis in verbum aut in opere, omnia in nomine Domine Jesum Christi. Ad Coloss. 3, 17.*

encendido amor que tuvo Luis á su Nazareno Jesús, al único centro de sus deseos á quien repetia muchas veces:

No quiero otro amor, jamás,
Entre cuanto tiene ser,
Tú solo eres, y nomas,
Todo mi amor y querer.

Es Jesús todo mi amor,
Porque es Jesús, mi querer,
Sin Jesús no quiero estar,
Con Jesús quiero vivir,
Con Jesús quiero espirar.

Y otras veces:
No se le oia otra cosa con mas frecuencia, que estas dulcísimas palabras: "Viva Jesús, viva Jesús."

XIX. Pero pasemos de todo esto, que tal vez parecerán puras exterioridades á aquellos *hombres animales*, como los llama San Pablo, *que no perciben lo que es espíritu de Dios*; (1) pasemos, digo, y reconozcamos los quilates del oro finísimo del amor de Luis á Jesucristo Señor Nuestro, por la piedra de toque de las virtudes, que es la que nunca puede engañar.

XX.—El amor de Jesucristo es tan vasto, que segun el dicho de S. Agustin incluye todas las virtudes. Porque ¿qué otra cosa es, por ejemplo la *fortaleza*, sino un amor que todo la sufre por Cristo? ¿qué la *templanza*, sino un amor que se priva por Cristo, de los placeres? ¿qué es la *prudencia*, sino un amor ilustrado que escoje lo que mas seguramente conduce á Jesús? En una palabra: quien ama á Jesucristo tiene todas las virtudes y quien las tiene, ama seguramente á Jesucristo. Ahora, pues, los frutos del sagrado árbol de la Cruz son la mortificación, la humildad, la pobreza, la abnegación de sí mismo, el celo de la gloria de Dios, la fé viva, la misericordia con los afligidos, y la corona de todas las virtudes que es la final perseverancia. Todo esto es la segura piedra en que hemos de tocar brevemente el finísimo oro del amor que tenia Luis al Nazareno. Prevenid ya las admiraciones y las alabanzas á Dios, que adornó tanto el alma de su siervo.

XXI.—Los que aman á Cristo, *los que pertenecen á Cristo*, dice S. Pablo *son aquellos que crucificaron su carne con todos los vicios y concupiscencias* (2). Las personas austeras y mortificadas que se niegan los placeres del cuerpo y las delicias de la vida, pasan por enemigos de su cuerpo, pero ellas son las que deveras lo aman. Ama el cuerpo, como debe, aquel que se empeña en sanarlo de sus enfermedades, en extinguir en él las semillas de la muerte. *Quando vitiis ejus resistitur vis caro amatur*, dice el P. S. Agustin (3). Esto es lo que hacia el penitente Luis. Todo lo que practicaba en su cuerpo, es el remedio que nos mandó practicar Jesucristo, el mejor de todos los médicos. Este gobierno aunque duro en la apariencia es necesario á los que, como Luis, aman deveras la cruz del Redentor.

(1) *Animalis autem homo non percipit ea, quae sunt Spiritus Dei. 1, ad Corinth. 2, 14.*

(2) *Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis. Ad Galat, 5, 24.* (3) *Lib. de Contin, c. 8.*